

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos can-



## IV

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**Y**A van tres cartas bastante extensas que te dirijo, y aún no termino los detalles del primer día de Ejercicios. Seguro que por esto te supones que si para hablarte de un día necesito cuatro cartas bien largas, para describirte mis impresiones de nueve días necesitaría, desde luego, treinta y seis mucho más extensas, por ir en aumento el calor de mi imaginación con el recuerdo gratísimo de tan feliz temporada. Pero no temas, mi dulce amiga, pues aunque gratísima me fuera la tarea de señalarte comentadas una por una las

5

que no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de oropeles las cabezas. . . . . Prescindo

distribuciones de Capilla y minuciosamente también mis temores, mis delicias y mis penas, sé bien que te causaría, y por lo mismo procuraré hablarte generalidades de lo más notable de los siguientes días hasta el penúltimo, para hablarte en mi última carta, relativa á este asunto, de los días de «Gloria» y de «Acción de Gracias.»

En mi anterior faltóme decirte que el joven eclesiástico, en la distribución de cuatro á cinco de la tarde, nos leyó aquel librito que formaba el solaz de la tía M. y que á nosotras nos importunaba tanto. Para que mejor recuerdes, lleva tu memoria al año de 188 . . . . y contéplate en las vacaciones de seminaristas, cuando en la hacienda X pasábamos tan divertidas esta temporada. Tu tía, tan piadosa señora, procuraba recordarnos en medio de nuestras diversiones la presencia de Dios, y no se conformaba con la Misa que oíamos por la mañana y con el Rosario que rezábamos en la tarde,

sino que nos llamaba entre día para leernos generalmente este libro, recuérdalo: «Verdades Eternas;» por cierto que una vez lo declaramos preso, causándole un serio disgusto á tan virtuosa señora. Todavía me acuerdo del trastero del comedor que le señalamos por cárcel á tan útil libro. Entonces, como á la generalidad de los muchachos, estas lecturas nos eran estorbosas. Hoy, querida mía, y particularmente en este Retiro, todo ha cama biado. Te aseguro que la lectura de las «Verdades Eternas» la receto — permíteme que me tome libertades de médico espiritual — para todas las enfermedades del alma cristiana. A mí me han producido en esta vez un efecto importantísimo. Pero como de esta lectura te he de hablar más adelante, sigo ordenadamente las distribuciones del día.

De las cinco á las seis de la tarde, saliendo de la Capilla, muchas de las ejercitantes iban al refectorio á tomar el

que no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de oropeles las cabezas. . . . . Prescindo

chocolate, las más rodeaban los confesonarios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda, hasta las seis, todos los más días, pasábamos este tiempo sentadas en los bordes de los prados ó paseando por los corredores, leyendo unas y entretenidas otras en serias y profundas reflexiones.

El primer día del que te hablo detalladamente, ni fuí al refectorio al chocolate, ni me quedé cerca de algún confesonario, aunque de esto último sentí algún deseo. Me senté en un filete de cantera que forma una pila que hay en medio del jardín, y allí sola, pensativa y en cierto modo abrumada por las diversas emociones, fijé mis ojos en una mata de claveles rodeada de pensamientos; y creeme, querida Julia, me parecía que aquellas plantas, que anunciaban con su lozanía la entrada de la Primavera, me decían: *Nosotras vamos rectamente á nuestro fin; una vez que de nuestros cálices salga un botón, mostraremos nues-*

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso

*tros pétalos, y formarán la flor con sus pistilos y su polen, y perfumaremos el ambiente, y serviremos de encanto á los hombres, para después morir, muchas veces en manos de los mismos hombres, pero no sin haber cumplido antes nuestro destino.»* . . . Cuando así traducía el lenguaje de las flores en botón, unos acordes sonoros, aunque apenas perceptibles, hirieron mis oídos. Tal vez muy cerca de aquel recinto sagrado había una fiesta de carnaval. Mi imaginación recorrió jardines, paseos y salones, y vino á mi memoria el recuerdo del carnaval que hace cuatro años pasamos juntas tú y yo en el Puerto de M.

¿Te acuerdas cuánto repugnamos aquellos desórdenes? Todavía tiemblo al considerarme frente de las hordas, porque no pueden llamarse de otra manera, que furiosas atravesaban las calles y se arremetían para pintarse con harina de colores las mejillas ó para llenarse de oropeles las cabezas. . . . . Prescindo

chocolate, las más rodeaban los confesarios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda. hasta las seis. todos los más días, pa-

de trasladar al papel la idea que se me quedó grabada de esta fiesta pagana. Desconocí entonces á las personas que tomaron parte en esas orgías. ¡Ay! qué lástima me daban aquellas jóvenes, por otra parte tan apreciables, pero tan abyectas en medio de las furias desenfrenadas que nos hicieron temblar. Afortunadamente no tomamos parte en tales juegos, y hoy que reflexiono con más detención acerca de ellos, me lleno de horror y pido á Dios que no queden ni sus vestigios en nuestro país.

Si en alguna parte se pierde la idea del último fin del hombre, es sin duda alguna en las orgías del carnaval. Me dirás que me he convertido en una consumada moralista y que en tono magistral asiento mis sentencias. No es esto; sino que ahora que traigo tan fácilmente á la memoria el pasado, recuerdo que en la misma época en que presenciamos la fiesta del carnaval á que me refiero, predicó el Sr. Cura N. ¿recuerdas? con mo-

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso

tivo precisamente de estos desórdenes, y tomó por texto estas palabras de... yo no sé qué parte de las Sagradas Escrituras, que dicen: «*Desechemos las obras de las tinieblas, y revistámonos las armas de la luz. — Caminemos como de día, honestamente: no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones; mas vestíos de Nuestro Señor Jesucristo, etc., etc.*» No olvido que este sermón le costó al desventurado Párroco que se le amenazase con la cárcel, y una sarta de soeces insultos en la prensa impía; pero dijo la verdad y sembró la buena semilla que, aunque después de mucho tiempo, hoy, que ha recibido tan importante riego en mí, produce su fruto.

Pero abuso mucho de la libertad que me da el estilo epistolar para mezclar digresiones que no dejarán de molestarte. Perdóname y sígueme prestando tu atención.

A las seis de la tarde de nuevo nos reunió el sonoro timbre en la Capilla; y

chocolate, las más rodeaban los confesonarios, y en el tiempo que sobraba después de la confesión y de la merienda hasta las seis, todos los más días, na-

después de rezada la última parte del Rosario, de escuchada una breve lección espiritual muy bien leída, por un joven Sacerdote, y de meditado el cuarto y último punto de meditación, tan importante y aún más que los anteriores, á las siete en punto tomó la palabra el Padre Director, quien predicó durante la temporada de Ejercicios á la misma hora todos los días.

Como los ánimos estaban bien dispuestos con las encantadoras meditaciones, con las sustanciosas pláticas doctrinales, con los tiernos cánticos y con toda aquella música del cielo con que invita Dios al corazón á rendirse á su amor, cada sermón del Padre Director arrancaba á las ejercitantes lágrimas de inefable ternura, dejando grabada en el alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

con que, por desgracia, se escucha al orador que no simpatiza por algún motivo; pues como no tenía yo que dar cuenta en el salón de tertulia ó en el suntuoso comedor de lo que predicara el Padre, para que la crítica mordaz al ministro de Jesucristo sirviera de salsa en la comida ó de sainete en el salón, le oí primero atenta y después con afecto; y sus conceptos, su predicación, toda me interesaba y me conmovía profundamente.

Al terminar el sermón del primer día, que fué adecuado á las meditaciones, así como los siguientes, el himno del Sagrado Corazón de Jesús volvió á entonarse por tercera vez. Entonces ya canté sin vacilaciones, y jamás olvidaré el amor inmenso con que dirigí á Jesús esta estrofa de tan bello himno:—*« De hoy más las manos — En cautiverio, — Con dulce imperio — Tú me tendrás. »*—Me pareció tan suave el yugo de la ley del Señor, que me creí capaz de cumplirla siempre. Pide tú á Dios, querida Julia, que no des-

ma e nice a un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

maye nunca esta firmeza de ánimo adquirida para mí en el Retiro, que yo se la pido para ti.

A las siete y media de la noche fuimos al refectorio, y durante la cena pude notar que algunas de las señoritas que yo veía tan violentas ó más que yo en aquella casa, estaban algo compungidas y no daban señales de distracción en esos momentos.

Me preguntas en la única tuya que he recibido hasta hoy, después de los Ejercicios, qué clase de personas concurrieron á ellos. Puedo decirte, en contestación, que allí estaba representado Durango en todas sus categorías. Había señoras y señoritas notables entre la alta sociedad, y también humildes y desconocidas. Precisamente de esta unión de las clases sociales resultaba un cuadro bellísimo, particularmente á la hora del refectorio, pues lo mismo era servida la dama encumbrada que la obrera oscura. Allí se veía, se sentía á Dios obrando

alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

prodigios con su divina gracia, así en el corazón vacío de pensamientos elevados, como en el adornado con la ilustración que se adquiere entre las gentes de letras. ¡Qué bellos, qué hermosos son los Ejercicios por todos motivos!

Después de la cena seguía un rato de descanso, hasta las ocho y media, hora en que se entraba á la Capilla á visitar al Divinísimo y á prepararse el punto de meditación de otro día. Esto duraba hasta las nueve, y era libre la persona para salir de allí á recogerse á su aposento ó para permanecer ocupada en devociones particulares hasta las diez de la noche; pasada esta hora á nadie se le permitía estar fuera de su aposento. Magnífica medida, pues así se dormían siete horas, puesto que á las cinco de la mañana se nos despertaba siempre con la enternecedora jaculatoria perteneciente al día y con el grato sonido del timbre.

En mi carta siguiente, como te digo

ma e nice a un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de

antes, procuraré hablarte de lo más notable ocurrido en los demás días, y me haré un esfuerzo para no ser prolija y ver si puedo terminar mi narración.

Ya sabes cuánto te quiere tu amiga

ELVIRA.



alma una huella indeleble, que me recordará siempre el recto sendero del verdadero bien.

Estos sermones no los oí con aquel espíritu de prevención y de contrariedad

zón, enriquecido con ternezas indecibles en la temporada de Ejercicios, tendría lágrimas para humedecer el papel y suspiros para deleitarme en deliciosos re-



V

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

**E**SPERO que esta mi carta te llegará cuando te prepares para trasladarte á México á pasar la Semana Mayor. No quería escribirte, por no distraer tu atención con mis humildes escritos, en estos días que debes ocuparte de preferencia en los misterios Sagrados de la Pasión de Nuestro Redentor Jesús. Hasta dejé la pluma é hice á un lado el papel, con el fin de reanudar y terminar mi narración después de Semana Santa; pero algo que no me explico me impele á escribirte y me aconseja que, como trato de